

De "La República"

(18 de mayo de 1933).

—Venía a hacerle una pregunta, pero, se lo confieso, me intimida su aspecto de hoy. ¡Cualquiera le habla a una persona que parece presa de sus propios pensamientos!

—¿Qué llamará Ud. propios pensamientos? En este momento estoy embobado por los telegramas que se publican. Estoy haciendo la penosa digestión de tanta noticia alarmante.

—¿Y qué va quedando?

—La impresión de que la gangrena socialista que sufrimos desde hace unos cuarenta años, nos tiene reservados muy malos ratos. Es evidente que en ningún país del globo se mantiene hoy entre los poderes del Estado el conveniente equilibrio. De 1892 para acá, ha venido borrándose en todas partes la separación de los poderes. En donde no ejerce la dictadura el poder ejecutivo, la ejerce el legislativo, sin que sea fácil decir cuál es la peor. Lo que sí puede afirmarse es que la dictadura de las cámaras legislativas resulta siempre más ruinosa desde el punto de vista económico.

—Que es el más importante.

—Eso, no! Los problemas esenciales son los problemas morales. No caiga Ud. también en el socialismo.

—Yo no quiero caer en nada.

—(El repórter, que tiene a su vez ideas, como cualquier hijo de vecino, iba a decir algo, pero don Elías Jiménez no le dió tiempo y continuó en tono dogmático, tono que no sienta muy mal a las personas de edad. La vejez tiene sus derechos).